

EL ADOPTADO

Acepté ir a cenar a la casa de mi amigo y su mujer, ellos insistieron en que fuera a conocer al nuevo miembro de su familia, no tenían hijos y habían adoptado a ¡Un abejorro! yo no lo podía creer y pudo más la curiosidad de ver esa relación que mi aversión a los insectos.

Me presenté con un ramo de flores, pensando que le gustarían a la mujer y mucho más al animalito.

Supuse que mientras esnifaba el néctar no se acercaría a nosotros, pero me equivoqué, ¡Ni las olió!, se pasó todo el rato sobrevolando la cabeza de la mujer. Yo estaba alucinado viendo aquello.

Al final de la cena me ofrecí a llevar los platos a la cocina y de repente noté que el dichoso abejorro se posaba en mi hombro, me asusté y a punto estuve de darle un manotazo, pero me contuve al ver la mirada de pánico del matrimonio.

Intenté esquivarlo, pero no había manera, parecía que se hubiera encariñado conmigo, cosa que me extrañaba, pero pensé que ya estaría hartito del acoso de mis amigos y querría cambiar de familia.

Me siguió de camino a mi casa y sucedió lo que yo más temía, fue abrir la puerta y mi gato que siempre salía a recibirme, de un salto ¡lo atrapó! No tuve tiempo de reaccionar y el pobre animalito cayó al suelo dando vueltas sobre sí mismo, hasta que el gato de un zarpazo acabó con su vida.

Apenado se lo devolví a sus dueños en una caja de cerillas, por si querían darle sepultura.

Han dejado de hablarme, incluso me dijeron que iban a denunciarme por asesinar a un miembro de su familia.

MI PADRE Y YO

Estoy paseando por la ciudad, cae la tarde, escucho el canto de los pájaros y casi sin darme cuenta, mi mente se va al pueblo castellano donde nací.

Allí el cielo al atardecer se tiñe de colores rojos, ocres y azulados.

Y te recuerdo a ti, padre, cuando hace años ya, pasábamos días de verano juntos. Te gustaba pasear temprano y a mi acompañarte.

Caminábamos por sendas, lomas y caminos que tú bien conocías, me contabas dónde había un manantial, ahora seco o aquél majuelo que tú tanto querías y cuidabas.

Descubrí contigo nuevos caminos y pinares, escuchando historias de tus tiempos jóvenes, cuando los recorrías casi a diario.

Me describías los nombres de cada especie de árbol, plantas y pájaros que tú bien conocías.

Ahora escucho una música, alguien toca en la calle entre la gente que pasea. No sé si tú la escuchas, pero seguro que allí donde estás, oyes los trinos de los pájaros y hueles el aroma de los pinos y el tomillo.

Cierro los ojos y veo tu sonrisa, la misma de siempre.

Me miras, ya no hay secretos entre los dos y sonrío.